

NADA ES GRATIS

Desde su divorcio con el comunismo, en los últimos 100 años el socialismo ha ido buscándose una y otra vez, adoptando todo aquello que la estética rebelde iba proponiendo, en atención no tanto al análisis de las propuestas, sino más de la estética de quien las formula, hasta adelantar por la izquierda a la propia derecha. En sus experimentos ideológicos ha pasado tantas veces por el proceso de negación-ira-negociación-justificación-aceptación, que lo ha interiorizado. No sabe lo que quiere pero lo quiere con intensidad y convicción. Del marxismo al keynesianismo, que ya estaba siendo ejercido por la derecha, pero era lo que quedaba que diera protagonismo al Estado. Del internacionalismo al nacionalismo, que ya estaba siendo ejercido por la derecha. De la rebeldía al moralismo. Del ambiente proletario al ecologista. Del trabajador al consumidor. De la igualdad al feminismo... La esencia de la izquierda cumbayá ha llegado a un lugar inesperado, dónde se reparte los papeles con la derecha conservadora, como la Coca Cola con la Pepsi Cola, con el fin de anular a sus verdaderos oponentes: el anarquismo y el liberalismo.

Como adversarios, los conservadores han usurpado las tesis de Keynes hasta el absurdo, lejos de sus límites de aplicabilidad: deuda nacional sobredimensionada, inversión en infraestructuras faraónicas, políticas monetarias procíclicas, mantenimiento del poder adquisitivo por desplazamiento de costes,... así que a la izquierda sólo le queda acusar al otro productor de cola... Narra Les Luthier la historia del Adelantado Rodrigo Dias de Carreras, que fue detenido al fundar Caracas en plena plaza. Siempre a destiempo y sin enterarse, el resultado ha sido llegar medio siglo tarde a las tesis antimercantilistas de Polanyi, por las que lo que tiene valor no debe regirse por un mercado, sino por normas de rango superior, en vez de precios. Para definir lo que no debe regirse por un mercado, necesita determinar lo que tiene valor y lo que no: una escala. Determinar una escala de valor es determinar una moral, y como la competencia ya tiene y su programa es conservarla, debe de definir otra. Los magos usan hechizos, pues las palabras son magia y definir una moral es tomar posesión del significado de cada significante que interesa,... pero los conservadores tienen la manía de conservar la tutela de las palabras por tradición y hay que inventar nuevas para que sustituyan a las viejas, que desautorizar lo instalado es más caro que reinstalar algo nuevo.

Como inventar palabras es fácil, pero que trasciendan socialmente es lento y caro, la izquierda ha preferido la adjetivización de los sustantivos que utilizan sus socios-contrincantes, para secuestrarlas. Adjetivar es compartimentar el sustantivo, y adjetivar la sociedad es dividirla en grupos y subgrupos con adjetivos que contengan el valor: empresarios explotadores, militares fachas, ecologistas comprometidos, energía fósil,... Cambiando adjetivos no cambian sustantivos. Una vez poseída la palabra, se le puede cambiar el contenido. Es lo que intentan hacer continuamente las marcas -se por insistencia en publicidad o por diferenciación en márketing-. Así se focaliza la discusión, que siempre es sobre hechizos, en los adjetivos. Si unos defienden el nacionalismo español, otros defienden no el no-nacionalismo, sino otro nacionalismo. Si unos defienden el matrimonio, otros defienden no el no-matrimonio, sino otro matrimonio. Si unos defienden la deuda, otros defienden no la no-deuda, sino otra deuda. Si unos defienden el incremento del empleo público, otros defienden no el valor añadido, sino otra modalidad más funcionarial. Si unos defienden impuestos indirectos, otros defienden no más impuestos patrimoniales, sino más impuestos directos. Si unos defienden la discriminación por sexo o religión, otros defienden no la no discriminación, sino la discriminación positiva. Más de lo mismo, pues tal paradigma necesita de un código social con estética nueva, pero con sus propias moralina, beatas, pecadores, premios y castigos, buenos y malos... y sobre todo repartir a la gente en colectivos. Del prohibido prohibir y de la lucha de clases, al negar implícitamente anarquía y liberalismo, se divide a todos en clanes y subclanes, se prohíbe todo y se hace de modo inflexible.

Para ambos vendedores de cola, la regulación debe adaptarse a los cambios, y la realidad tiene el vicio de pasar de nuestras buenas intenciones y altisonantes declaraciones, de nuestras promesas y teorías. La velocidad de cambio social exige que la normativa le siga el ritmo y la farragosidad de las instituciones democráticas de consenso y negociación entre minorías mayoritarias no dan a basto, salvo que se recurra a sobrepasar el Estado de Derecho, derivando en una melé en la puerta de la plaza de Pamplona, en lo que no quieren ni conservadores, ni los autodenominados con cierta sorna, progresistas: el populismo, la confusión de la democracia del consenso, con la autoridad de la voluble mayoría irresponsable (nunca acepta haber decidido). Si lo que tiene valor no tiene precio, la norma sustituye a la función, por lo que la sociedad se debe regir más y más por la moral, menos por el coste de cada decisión y en consecuencia, más y más por la publicidad y el márketing, por la diplomacia y la militarización, que resultan de tener que defender una normativa por colaboración y oposición a otras normativas: otros adjetivos para los mismos sustantivos: desarrollo sostenible, violencia de género, democracia participativa, derecho del pueblo, voluntad popular,...

En los EEUU la derecha es conservadora y la izquierda es liberal, no socialista, sea lo que sea que ello signifique en cada momento. Si la teoría fuera real, la alternativa al liberalismo sería una izquierda normativista en los procesos, precursora de marcos legales estrictos, indicadores de cumplimiento,... con una función pública dedicada al análisis y a la inspección; y la alternativa al anarquismo, sería una derecha conservadora normativista en los comportamientos de los ciudadanos, con una función pública policial y de información. Como en novela de asesinatos cruzados, cada uno contiene al enemigo del adversario. Pero no vivimos en sistemas aislados, y no contabilizar los recursos naturales, los derechos, la educación, la salud, el trabajo,... a nivel nacional, no tiene modo sencillo de combinarse con estar al mismo tiempo hacia afuera en un mercado mundial en el que cada chiringuito o nación, tiene sus normas de ocultación contables y fiscales, que compiten entre si en la contabilización precisamente de ello (salvo ocasionalmente los conservadores norteamericanos, “manu militari”). Lo coherente sería aislarse del resto del mundo para evitar competir con países por los impuestos de sociedades, o con los que no tienen derechos laborales, o que permiten la contaminación o la mano de obra infantil, o el secreto bancario,... pero priorizar el sostenimiento e incremento de los derechos colectivos y el salario medido en consumo, lleva inevitablemente a la globalización.

Negar la realidad es lo que viene haciendo el hombre desde las cuevas y no nos va mal como especie, aunque sí como Humanidad en Gaia. Para conseguir algo no basta hacer declaraciones pomposas, ni tener buenas intenciones, sino realizar acciones para conseguir resultados. La teoría no es real, y para cooepetir en ese mercado internacional liberalizado y anárquico, no queda más remedio que bien elevar la dialéctica al Planeta, normativizando a nivel global (eliminando paraísos fiscales, paraísos laborales, paraísos ambientales, paraísos jurídicos, paraísos sexuales,... con contabilidad homologada de costes a ciclo completo,... armonización fiscal y creando normas internacionales “fair play”); o bien hacer trampas y declarar para consumo interno normativismo de procesos o de personas, y actuar en el mundo como liberales y anarquistas, vendiendo a precio de saldo, de contrabando en el mercado negro de las materias primas y de los paraísos, lo que no tiene precio por no ser coste explícito, con reglas de la selva. El mercado de chollos es de aquello que no se ha vendido, o de lo robado, o de contrabando, o con taras,... y el Capitalismo espera ansioso ofertas que proceden de gobiernos que aportan como aval a la deuda con la que compran los votos. Fondos nacionales de Pensiones, Materias Primas, Empresas Públicas, Concesiones de Servicios, Protección oligopólica,... El deudor que no cobra exige cambios normativos para prestar dinero que cubra las deudas, pero no puede exigir cambios en precios.

El normativismo progresista contra el neoliberalismo capitalista es Falso Dilema (¡vaya par de sustantivos y de adjetivos!, cuando el normativismo no es de izquierda ni el liberalismo de derecha), pues la realidad es la que es: dinámica y cada día más, compleja y cada día más, relacional y cada

día más (si el improbable lector opina que no es así, entonces sí podemos dejar el normativismo vs liberalismo como una dialéctica ideologizable y negociable por un dilema no falso). Simplemente no hay tiempo ni capacidad de gestión de la complejidad, ni ámbito de acción, que pueda ni siquiera conversar al mismo nivel con la autoorganización de todo sistema dinámico complejo. El Falso Dilema es que el liberalismo no es perfecto “a priori”, y el intencionalismo de la normativización de todo aspecto con valor, sí. Si podemos afrontar nuestra vida con dieta equilibrada, hábitos saludables, ejercicio moderado,... sin que tener un sistema autoequilibrado nos garantice que no nos atropelle un coche, padezcamos un cáncer o un infarto; así que achuchados por la ansiedad, compramos pastillas y jarabes para controlar el colesterol, los triglicéridos, la tensión, la memoria,... y cada medicamento tiene efectos secundarios, uno a uno los síntomas, por lo que compramos protectores de estómago, complejos vitamínicos, cosméticos,... y es que controlar un sistema complejo a base de teorías, adjetivos e intenciones, resulta un buen negocio para los que venden potingues. La democracia es desesperantemente lenta pues vive en el consenso, por lo que necesita imperativamente un cuerpo legislativo escaso y un sistema autoorganizativo potente. El liberalismo necesita garantías de juego limpio, y el socialismo se atraganta de legiversación e incongruencias, de las que necesita echar la culpa a algún chivo expiatorio. Negocia desde el Falso Dilema, y abre puertas al mercantilismo en aquello que según su moral no tiene demasiado valor, y nos quedamos en un término medio.

Así los autobendecidos como progresistas, en realidad conservadores de izquierda -conservan el sustantivo y modifican sólo el adjetivo-, declaran lo contrario de lo que consiguen -su no falsabilidad, como la de los curas y calentólogos, no pasa factura- pues la gestión por costes, siempre que estos sean en contabilidad cíclica y completa, se adapta muchísimo más ágilmente a la cambiante realidad que la normativización; pues cada norma tiene efectos secundarios imprevisibles; pues vivimos en un mundo interconectado y superpoblado; pues en todo sistema complejo la suma de sus partes no resulta la suma total, y muchos buenos cristianos pueden quemar a una bruja en nombre del amor; pues los sistemas tienden a la autoorganización; pues solo hay transacción y relación si no hay equilibrio; pues la violencia y el abuso se recrece en el miedo y la envidia; pues los sistemas que absorben interrelación y novedad, aceleran los tempos;... Una red en la que cada nodo esté relacionado con más de dos relaciones causa-efecto de media, es decir un sistema en el que cada norma redactada como la reacción a un efecto de la realidad, sea acción que produce una consecuencia y algún que otro efecto secundario, se complica exponencialmente tanto más cuanto más causas y efectos se retroalimentan sobre los que se compensan. La capacidad de normatizar pierde sentido y ritmo, con lo que bien se evoluciona a sistemas de decisiones acordes con la complejidad creciente o aparece el bananismo: normativización por orden de la autoridad, sin marco legal garantista.

Si se necesita aumentar la recaudación para pagar la emisión de deuda y no hay acuerdo con los socios de gobierno o entre las instituciones y familias que gobiernan el mismo partido, se tiende a normativizar sin respetar las normas, y cuando la cosa comienza por arriba, acaba por abajo. Todo en nombre de una democracia asamblearia digna de instituto, manipulada hasta la caricatura. La comunidad de vecinos prohíbe tener mascotas, instalar equipos de música, entrar bicicletas hasta el domicilio, e impone un recargo del 50% por demora de pago de la cuota. El ayuntamiento prohíbe conducir con chanclas, participar a sus municipales de embargos hipotecarios o el acceso a zonas portuarias dónde embarcan cruceristas. La diputación prohíbe el hambre en el mundo, el aparcamiento en zonas declaradas previamente aptas y la ley de la gravedad para que los turistas no caigan de los balcones borrachos. El gobierno regional prohíbe el alquiler de los activos de los ciudadanos,... El gobierno central, el europeo,... todos normativizan a golpe de pito a menudo a sabiendas de su no-competencia en el asunto, cuando no la ilegalidad manifiesta a la espera de una justicia lenta que tardará más años que los de su mandato en pronunciarse. Siempre con la excusa de haber sido democráticamente elegidos y esa autoridad normativa es de una calidad democrática

superior a la de las normas existentes,... todo porqué las normas existentes no pueden seguir la complejidad y ritmo de un sistema cada vez menos aislado. El populismo está servido, y el que un día prohíban a un matrimonio homosexual celebrar en su casa el aniversario, es cosa de tiempo, pues democrática es la votación en la escalera por una moralina bananera. El populismo es la podredumbre del sistema que se enquista en querer normativizar lo que no da a basto, por un absurdo empecinamiento en no aceptar alternativas, no perfectas pero posibles, de gestión amoral del valor.

Los comercios en los que no se indican los precios, seguro que tienen buenos dependientes que bendecirán las ventajas por las que merece la pena pagar más. Lo más caro es lo que no tiene precio. Lástima que el progresismo haya sido secuestrado por Polanyi y sus conservadores de izquierda, construyendo un tapón al progreso, pues declaraciones aparte, la realidad los lleva por menos globalización, más militarización, más discriminación, más chollos, más populismo, más paraísos, y más ventajas para los que más tienen... que por cierto, no son los que más ganan. Los sistemas dinámicos complejos son intuitivos, rápidos, adaptables, constructuales -minimizan coste-... y sin embargo la izquierda pretende obligar a los artistas a ser racionales. Yo, que soy millonario, estoy encantado con la izquierda, sobre todo, si de tanto en cuando es aderezada con populismo: lo que cuesta es mucho menos de lo que vale, y como todo, para que sea ganga, el producto no debe de percibir que tiene mercado.

<http://www.bartolo.com.es> <http://www.ecoliberalismo.com>